

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XXVIII. Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura, y al Barbero sucedio en la misma Sierra.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676



V I D A Y H E C H O S

Del Ingenioso Hidalgo

D O N Q U I X O T E
D E L A M A N C H A.

L I B R O Q U A R T O.

C A P I T U L O X X V I I I.

*Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura,
y al Barbero sucedió en la misma Sierra.*



FELICISSIMOS, y venturosos
fuèron los tiempos, donde se echò
al mundo el audacissimo Cavalle-
ro Don Quixote de la Mancha,
pues por avèr tenido tan honrosa
determinacion, como fuè el que-
rer refucitar, y bolver al mundo la
ya perdida, y casi muerta orden de
la andante cavalleria, gozamos aora en esta nuestra edad
necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulçura
de su verdadera història, sino de los cuentos, y episòdios
della, que en parte no son menos agradables, y artificiosos,

T O M . I I .

B

y

y verdaderos, que la misma historia: La qual, profiguiendo su rastrillado, torcido, y aspado hilo, cuenta, que assi como el Cura començò à prevenirse para consolar à Cardenio, lo impidiò una voz que llegò à sus oydos, que con tristes accents dezìa desta manera.

A y Dios, si serà possible, que hè yà hallado lugar, que pueda servir de escondida sepultura à la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo! Si serà, si la soledad, que prometen estas fierras, no me miente. Ay desdichada! Y quan mas agradable compañia haràn estos riscos y malezas à mi intencion (pues me daràn lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo) que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males.

TODAS estas razones oyeron, y percibièron el Cura, y los que con èl estàvan; y por parecerles (como ello era) que alli junto las dezian, se levantaron à buscar el dueño; y no huvièron andado veinte passos, quando detras de un peñasco vièron sentado al piè de un fresno à un moço vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro, à causa de que se lavava los pies en el arròyo que por alli corrìa, no se le pudièron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dèl no fuèron sentidos, ni èl estàva à otra cosa atento, que à lavarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arròyo se avian nacido. Suspendiòles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estàvan hechos à pisar terrones, ni à andar tras el arado y los buyes,
como





Jo: Vanderbank inv: et Delin.
Vol. II. p. 3.

Ger: Vanderhucht sculp.

como mostràva el habito de su dueño; y assi viendo que no avian sido sentidos, el Cura, que iba delante, hizo señas à los otros dos, que se agaçapàssen, ò escondièssen detràs de unos pedaços de peña que alli avia, y assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: El qual traía puesto un capotillo pardo de dos haldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Traía ansimesmo unos calçones, y polàynas de paño pardo, y en la cabeça una montera parda. Tenia las polàynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acobòse de lavar los hermosos piès, y luego con un paño de tocàr, que sacò debàxo de la montera, se los limpiò; y al querer quitarse, alçò el rostro, y tuvièron lugar los que mirandole estàvan, de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: Esta, ya que no es Lucinda, no es persona humana sino divina. El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça à una y otra parte, se començaron à descoger y desparzir unos cabellos, que pudièran los del Sol tenerles envidia. Con esto conocièron, que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa, que hasta entonces los ojos de los dos avian visto, y aun los de cardenio, sino huvièran mirado, y conocido à Lucinda, que despues afirmò, que sola la belleza de Lucinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrian las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo dellos, que sino eran los piès, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: Tales y tantos eran. En estos les sirvièron de peyne unas manos, que si los pies en el agua avian pare-

cido pedaços de cristàl, las manos en los cabellos semejavan pedaços de apretada nieve: Todo lo qual en mas admiracion, y en mas deseò de saber quien era, ponìa à los tres que la miràvan. Por esto determinàron de mostrarse; y al movimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, mirò los que el ruydo hazian; y apenas los hùvo visto, quando se levantò en pie, y sin aguardar à calzarse, ni à recoger los cabellos, asìò con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto à si tenìa, y quiso ponerse en huýda, llena de turbacion, y sobrefalto: Mas no hùvo dado seys passos, quando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, diò consigo en el suelo; lo qual visto por los tres, salièron à ella, y el Cura fuè el primero que dixo: Deteneos, Señora quien quièra que seays, que los que aqui vèys, solo tienen intencion de serviros. No ay para que os pongays en tan impertinente huýda, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondiò palabra, atònita y confusa. Llegaron, pues, à ella, y asiendola por la mano el Cura, profiguiò diziendo: Lo que vuestro trage, Señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: Señales claras que no deven de ser de poco momento las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y traydola à tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros, fino para dar remedio à vuestros males, à lomenos para darles consèjo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehùse de no escuchar, fiquiera,

fiquiera, el confejò que con buena intencion fe le dà al que lo padece. Affi que, Señora mia, ò Señor mio, ò lo que vos quifièredes fer, perded el sobrefalto que nueſtra viſta os hà cauſado, y contadnos vueſtra buena ò mala fuerte, que en noſotros juntos, ò en cada uno hallarèys quien os ayude à ſentir vueſtras deſgracias.

EN tanto que el Cura dezia eſtas razones, eſtàva la difraçada moça como enveleſada mirandolos à todos ſin mover labio, ni dezir palabra alguna: bien affi como ruſtico aldeano, que de improviſo fe le mueſtran coſas raras, y dèl jamas viſtas. Mas bolviendo el Cura à dezirle otras razones al meſmo eſeto encaminadas, dando ella un profundo ſuſpiro, rompiò el ſilencio, y dixo.

PUES que la ſoledad deſtas fierras no ha ſido parte para encubrirme, ni la ſoltura de mis deſcompueſtos cabellos no ha permitiò que ſea mentiroſa mi lengua, en valde ſerìa fingir yo de nuevo aora, lo que, ſi fe me creyèſſe, ſerìa mas por cortefia, que por otra razon alguna. Preſupueſto eſto, digo, Señores, que os agradezco el ofrecimiento que me avèys hecho, el qual me ha pueſto en obligacion de ſatisfazèros en todo lo que me avèys pedido; pueſto que temo, que la relacion que os hiziere de mis deſdichas, os ha de cauſar, al par de la compaſſion, la peſadumbre; porque no avèys de hallar remedio para remediarlas, ni conſuelo para entretenerlas: Pero con todo eſto, porque no ande vacilando mi honra en vueſtras intenciones, aviendome yà conocido por muger, y viendome moça, ſola, y en eſte trage (coſas todas juntas y cada una por ſi que pueden echar por tierra qualquier honeſto credito) os avrè de dezir lo que quifièra,

quifièra callar, si pudièra. Todo esto dixo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan fuelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admirò su discrecion, que su hermosura: Y tornandole à hazer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumplièsse, ella sin hazerse mas de rogar, calçandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededòr della, haziendose fuerça para detener algunas lagrimas, que à los ojos se le venian, con voz repofada y clara començò la historia de su vida desta manera.

EN esta Andaluzia ay un lugar de quien toma titulo un Duque, que le haze uno de los que llaman Grandes de España. Este tiene dos hijos, el mayor, heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalòn. Deste Señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualàran à los de su fortuna, ni ellos tuvièran mas que desèar, ni yo temièra verme en la desdicha en que me veo; porque quiçà nace mi poca ventura de la que no tuvièron ellos en no aver nacido illustres: Bien es verdad, que no son tan baxos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que à mi me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raça mal sonante, y como suele dezirse, Christianos viejos ranciosos; pero tan rancios, que su riqueza y magnifico trato les và poco à poco adquiriendo nombre de Hidalgos,

dalgos, y aun de Cavalleros, pueſto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos ſe preciàvan, era de tenerme à mi por hija: Y aſſi por no tener otra ni otro que los heredàſſe, como por ſer padres, y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas, que padres jamas regalàron. Era el eſpejo en que ſe miràvan, el baculo de ſu vejez, y el ſujeto à quien encaminàvan, midiendolos con el cielo, todos ſus deſeòs; de los quales, por ſer ellos tan buenos, los mios no ſalian un punto: Y del miſmo modo que yo era Señora de ſus animos, aſſi lo era de ſu hazienda. Por mi ſe recibian y deſpedian los criados: La razon y cuenta de lo que ſe ſembràva y cogia, paſàva por mi mano: Los molinos de azeyte, los lagàres del vino, el numero de ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre, puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y Señora con tanta folicitud mia, y con tanto guſto fuyo, que buenamente no acertarè à encarecerlo. Los ratos que del dia me quedavan (deſpues de aver dado lo que convenia à los mayores, ò capatazes, y à otros jornaleros) los entretenia en exercicios, que ſon à las donzellas tan licitos, como neceſſarios; como ſon los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes: Y ſi alguno, por recrear el animo, eſtos exercicios dexàva, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ò à tocar una harpa; por que la experiencia me moſtrava, que la mùſica compone los animos deſcompueſtos, y alivia los trabajos que nacen del eſpiritu. Eſta, pues, era la vida que yo tenia en caſa de mis padres, la qual ſi tan particularmente he contado,

no



no ha sido por ostentacion, ni por dar à entender que soy rica, sino porque se advierta, quan sin culpa me hè venido de aquel buen estado, que hè dicho, al infelice en que aora me hallo.

Es, pues, el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudièra compararse, sin ser vista, à mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa (porque los dias que iba à Missa era tan demañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que à penas veian mis ojos mas tierra de aquella donde ponìa los pies :) y con todo esto, los del amor, ò los de la ociosidad, por mejor dezir, à quien los de Lince no pueden igualarse, me vièron puestos en là solitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque, que os hè contado.

No hùvo bien nombrado à Don Fernando la que el cuento contava, quando à Cardenio se le mudò la color del rostro, y començò à trasfudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miraron en ello, temieron que le venìa aquel accidente de locura, que avian oydo dezir, que de quando en quando le venìa. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasfudar, y estarfe quedo, mirando de hito en hito à la labradora, imaginando quien ella era; la qual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, profuguiò su historia diziendo.

Y no me huvièron bien visto, quando, (segun èl dixo despues,) quedò tan preso de mis amòres, quanto lo dièron bien à entender sus demonstraciones. Mas por acabar pres-

to

to con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quìero pasàr en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa: Diò y ofreciò dàdivas y mercedes à mis parientes: Los días eran todos de fiesta y de regozijo en mi calle: Las noches no dexàvan dormir à nadie las muficas: Los billetes, que sin sabèr como à mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimièntos, con menos letras que promessas y juramentos. Todo lo qual no solo no me ablandava, pero me endurecia de manera como si fuèra mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reduzirme à su voluntad hazia, las hiziera para el efeto contrario: No porque à mi me parecièsse mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuvièsse à demasia sus sollicitudes; porque me dava un no sè que de contento el vèrme tan querida, y estimada de un tan principal cavallero; y no me pesava ver en sus papèles mis alabanças (que en esto, por fèas que seamos las mugeres, me parece à mi, que siempre nos dà gufsto el oyr que nos llamen hermosas.) Pero à todo esto se oponia mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me davan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque yà à el no se le dava nada de que todo el mundo la supiéffe. Deziànme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dexàvan y depositàvan su honra y fama; y que consideràsse la desigualdad que avia entrè mi, y Don Fernando; y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixèsse otra cosa) mas se encaminàvan à su gufsto, que à mi provecho: Y que si yo quisièsse poner en alguna manera

T o m. II.

C

algun



algun inconveniente para que èl se dexàsse de su injusta pretension, que ellos me casàrian luego con quien yo mas gustàsse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvezinos, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian, fortificava yo mi entereza, y jamas quise responder à Don Fernando palabra, que le pudièsse mostràr, aun de muy lexos, esperança de alcançàr su desèo. Todos estos recatos mios, que èl devìa de tener por desdenes, devièron de ser causa de avivàr mas su lascivo apetito (que este nombre quiero dar à la voluntad que me mostràva, la qual, si ella fuèra como devìa, no la supierades vosotros aora, porque huvièra faltado la ocasion de deziroslo.) Finalmente Don Fernando supo, que mis padres andavan por darme estado, por quitalle à èl la esperança de possèrme, ò àlomenos, porque yo tuvièsse mas guardas para guardarme. Y esta nueva, ò sospecha fuè causa para que hiziesse lo que aora oyrèys: Y fuè, que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compaõia de una donzella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo mi honestidad no se vièsse en peligro; sin saber, ni imaginàr como en medio destes recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallè delante, cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudeciò la lengua: Y assi no fuè poderosa de dar voces, ni aun èl creo que me las dexàra dar, porque luego se llegò à mi, y tomandome entre sus braços (porque yo, como digo, no tuve fuerças para defendèrme, segun estava turbada) comen-

çò

ço à dezirme tales razones, que no sè como es possible, que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo, que parezcan tan verdaderas. Hazìa el traydòr que sus lagrimas acreditàssen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comencè, no sè en que modo, à tener por verdaderas tantas falsedades, pero no de fuerte que me movièssen à compassion, menos que buena, sus lagrimas y suspiros. Y assi passandoseme aquel sobrefalto primero, tornè algun tanto à cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pensè, que pudiera tener, le dixè: Si como estoy, Señor, en tus braços, estuvièra entre los de un leòn fiero, y el librarme dellos se me assegurara con que hizièra, ò dixèra cosa, que fuèra en perjuyzio de mi honestidad, assi fuèra possible hazella, ò dezilla, como es possible dexar de avèr sido lo que fuè. Assi que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos desèos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veràs, si con hazerme fuerça, quisières passar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava. Ni tiene, ni deve tener imperio la nobleza de tu fangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia: Y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tu Señor y Cavallero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerças, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros, y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas, que he dicho, vièra yo en el que mis padres me dièran por esposo, à su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la fuya no saliera; de modo,



que como quedàra con honra, aunque quedàra sin guſto, de grado te entregàra lo que tu, Señor, aora con tanta fuerça procuras. Todo eſto hè dicho, porque no es pensàr que de mi alcance coſa alguna el que no fuère mi legitimo eſpoſo.

SINO repàras mas que en eſſo, belliffima Dorotea (que eſte es el nombre deſta deſdichada) dixo el deſleal Cavallero, vèes, aqui te doy la mano de ſerlo tuyo, y ſean teſtigos deſta verdad los cielos, à quien ninguna coſa ſe eſconde, y eſta imagen de nueſtra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir, que ſe llamàva Dorotea, tornò de nuevo à ſus ſobrefaltos, y acabò de confirmàr por verdadera ſu primera opinion; pero no quiſo interrumpir el cuento, por ver en que venìa à paràr lo que èl ya caſi ſabia; ſolo dixo: Que Dorotea es tu nombre, ſeñora? Otra hè oydo yo dezir del meſmo, que quiçà corre parejas con tus deſdichas. Paſſa adelante, que tiempo vendrà en que te diga coſas que te eſpanten en el meſmo grado que te laſtimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio, y en ſu eſtraño y deſaſtrado trage, y rogòle, que ſi alguna coſa de ſu negocio ſabia, ſe la dixèſſe luego; porque ſi algo le avìa dexàdo bueno la fortuna, era el animo que tenìa para ſufrir qualquier deſaſtre que le ſobrevinièſſe, ſegura de que, à ſu parecer, ninguna podia llegar, que el que tenia acrecentàſſe un punto. No le perdièra yo, Señora, reſpondiò Cardenio, en dezirte lo que pienſo, ſi fuèra verdad lo que imagino, y haſta aora no ſe pierde coyuntura, ni à ti te importa nada el ſabèrlo. Sea lo que fuère, reſpondiò Dorotea: Que lo que en mi cuento paſſa fuè, que tomando Don
Fernando

Fernando una imagen, que en aquel aposento estava, la puso por testigo de nuestro desposorio, y con palabras eficacissimas, y juramentos extraordinarios me diò palabra de ser mi marido: Puesto que antes que acabasse de dezirlas, le dixè, que mirasse bien lo que hazia, y que considerasse el enojo que su padre avia de recibir de verle casado con una villana vasalla fuya; que no le cegasse mi hermosura, tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hazer por el amor que me tenia, fuese dexar correr mi suerte à lo igual de lo que mi calidad pedia; porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comiençan.

TODAS estas razones que aqui he dicho, le dixè, y otras muchas de que no me acuerdo, pero no fueron parte para que el dexasse de seguir su intento; bien assi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo à esta fazon hize un breve discurso conmigo, y me dixè à mi misma: Si, que no serè yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde à grande estado, ni serà Don Fernando el primero, à quien hermosura, ò ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compania desigual à su grandeza. Pues si no hago ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir à esta honra que la fuerte me ofrece, puesto que en esto no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su deseo; que en fin para con Dios serè su esposa. Y si quierò con desdenes despedirle, en termino le veo, que, no usando el que deve, usará el de la fuerza, y vendrè

vendrè à quedàr deshonrada, y sin disculpa de la culpa, que me podrà dar el que no supiere, quan sin ella he venido à este punto. Porque que razones seràn bastantes para persuadir à mis padres, y à otros, que este Cavallero entrò en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas rebolvì en un instante en la imaginacion. Y sobre todo me començaron à hazer fuerça y à inclinarme, à lo que fuè (sin yo pensar) su petición, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponía, las lagrimas que derramava, y finalmentè su disposicion y gentileza, que acompañadas con tantas muestras de verdadero amor, pudieron rendir à otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamè à mi criada para que en la tierra acompañasse à los testigos del cielo. Tornò Don Fernando à reysterar y confirmàr sus juramentos: Añadiò à los primeros nuevos santos por testigos: Echòse mil futuras maldiciones fino cumplièsse lo que prometia: Bolviò à humedecèr sus ojos, y à acrecentàr sus suspiros: Apretòme mas entre sus braços, de los quales jamas me avia dexado: Y con esto y con bolverse à salir del aposento mi donzella, yo dexè de serlo, y èl acabò de ser traydor y fementido.

EL dia, que sucediò à la noche de mi desgracia, se venia, aun no tan à priessa como yo pienso, que Don Fernando desèava: Porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcançaron. Digo esto porque Don Fernando diò priessa por partirse de mi, y por industria de mi donzella, que era la misma que alli le avia traydo, antes que amanecièsse, se viò en la calle. Y al despedirse de mi

(aunque

(aunque no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino) me dixo, que estuvièsse segura de su fè, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y para mas confirmacion de su palabra, sacò un rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efeto èl se fuè, y yo quedè, ni sè si triste, ò alegre: Esto sè bien dezir, que quedè confusa y pensativa, y casi fuera de mi con el nuevo acaëcimiento; y no tuve animo, ò no se me acordò de reñir à mi donzella por la traycion cometida de encerràr à Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinava, si era bien ò mal el que me avia sucedido. Dìxele al partir à Don Fernando, que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era fuya hasta que, quando èl quisièsse, aquel hecho se publicàsse. Pero no vino otra alguna sino fuè la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Iglesia en mas de un mes, que en vano me cansè en sollicitallo, puesto que supe, que estàva en la villa, y que los mas dias iba à caça: Exercicio de que èl era muy aficionado. Estos dias, y estas horas bien sè yo, que para mi fuèron aziagos y menguadas; pues que comencè à dudàr en ellos, y aun à descreer de la fè de Don Fernando: Y sè tambien que mi donzella oyò entonces las palabras, que en reprehension de su atrevimiento antes no avia oydo: Y sè que me fuè forçoso tener cuenta con mis lagrimas, y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion à que mis padres me preguntàssen, que de que andava descontenta, y me obligàssen à buscàr mentiras que dezilles. Pero todo esto se acabò en un punto, llegandose uno, donde se atropellaron respetos, y se acabaron los honrados discursos, y a-
donde



donde se perdió la paciencia, y salieron à plaça mis secretos pensamientos. Y esto fuè porque de alli à pocos dias se dixo en el lugar, como en una Ciudad alli cerca se avia casado Don Fernando con una donzella hermosissima en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudièra aspirar à tan noble casamiento. Dixose, que se llamava Lucinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion.

Oyò Cardenio el nombre de Lucinda, y no hizo otra cosa que encogèr los hombros, mordèrse los labios, enarcàr las cexas, y dexar de alli à poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esso dexò Dorotea de seguir su cuento, diciendo: Llegò esta triste nueva à mis oydos, y en lugar de elarseme el coraçon en oylla, fuè tanta la còlera y rabia que se encendiò en èl, que faltò poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosia y traycion que se me avia hecho. Mas templòse esta furia por entonces con pensàr de ponèr aquella mesma noche por obra lo que puse: que fuè, ponerme en este habito que me diò uno de los que llaman çagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubriè toda mi desventura, y le roguè me acompañàsse hasta la ciudad, donde entendì que mi enemigo estàva. El, despues que huvò reprehendido mi atrevimiento, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofreciò à tenèrme compaõia, como èl dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerrè en una almohada de lienço un vestido de muger, y algunas jòyas, y dineros por lo que podia suceder; y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta à mi traydora donzella,

zella, fali de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad à pie, llevada en buelo del deseò de llegar, ya que no à estorvar lo que tenia por hecho, alomènos à dezir à Don Fernando, me dixèsse con que alma lo avia hecho. Lleguè en dos dias y medio donde queria, y entrando por la ciudad, preguntè por la casa de los padres de Lucinda; y el primero, à quien hize la pregunta, me respondiò mas de lo que yo quisièra oyr. Dixome la casa, y todo lo que avia sucedido en el desposorio de su hija: Cosa tan publica en la ciudad, que se hazen corrillos para contàrta por toda ella. Dixome, que la noche que Don Fernando se desposò con Lucinda, despues de aver ella dado el *Si* de ser su esposa, le avia tomado un reziò desmayo, y que llegando su esposo à desabrocharle el pecho para que le dièsse el ayre, le hallò un papel escrito de la misma letra de Lucinda, en que dezia y declarava, que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, à lo que el hombre me dixo, era un Cavallero muy principal de la misma ciudad: Y que si avia dado el *Si* à Don Fernando, fuè por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion tales razones dixo que contenia el papel, que dava à entender, que ella avia tenido intencion de matarse en acabandose de desposar, y dava alli las razones, porque se avia quitado la vida: Todo lo qual, dizen que confirmò una daga, que le hallàron no sè en que parte de sus vestidos. Todo lo qual visto por Don Fernando, pareciendole que Lucinda le avia burlado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetiò à ella antes que de su desmayo bolvièsse, y con la misma

T o m. II.

D

daga



daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas; y lo hiziera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorvâran. Dixeron mas, que luego se ausentò Don Fernando, y que Lucinda no avia buelto de su paraíso hasta otro dia, que contò à sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cavallero que hè dicho. Sùpe mas, que el tal Cardenio, segun dezian, se hallò presente à los desposorios, y que en viendola desposada (lo qual èl jamas pensò) se saliò de la ciudad desesperado, dexandole primero escrita una carta, donde dava à entender el agravio que Lucinda le avia hecho, y de como èl se iba adonde gentes no le vièssen. Esto todo era publico y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello; y mas hablaron quando supieron, que Lucinda avia faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juyzio sus padres, y no sabian que medio tomar para hallarla. Esto que supe, puso en vando mis esperanças, y tûve por mejor no aver hallado à Don Fernando, que hallarle casado, pareciendome que aun no estâva del todo cerrada la puerta à mi remedio; dandome yo à entender, que podria ser, que el cielo huvièsse puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle à conocer lo que al primero devia, y à caer en la cuenta de que era Christiano, y que estâva mas obligado à su alma, que à los respetos humanos. Todas estas cosas rebolvia en mi fantasia, y me consolava sin tener consuelo, fingiendo unas esperanças largas y desmayadas para entretener la vida, que ya aborrezco.

ESTANDO,



ESTANDO, pues, en la ciudad sin saber que hazerme, pues à Don Fernando no hallava, llegò à mis oydos un publico pregon, donde se prometia grande hallazgo à quien me hallàsse, dando las señas de la edad, y del mesmo trage que traÿa. Y oÿ dezir, que se dezìa, que me avia sacado de casa de mis padres el moço que conmigo vino (cosa que me llegò al alma, por ver quan decayda andava mi credito, pues no bastava perdèrle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sujeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos pensamientos.) Al punto que oÿ el pregon, me salì de la ciudad con mi criado, que ya comenzava à dar muestras de titubear en la fè, que de fidelidad me tenia prometida; y aquella noche nos entràmos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que un mal llama à otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor; assi me sucediò à mi, porque mi buen criado hasta entonces fiel y seguro, assi como me viò en esta soledad, incitado de su mesma vellaqueria antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion, que à su parecer estos yermos le ofrecian; y con poca verguença y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requiriò de amores; y viendo que yo con feas y justas palabras respondia à las desverguenças de sus propósitos, dexò à parte los ruegos de quien primero pensò aprovecharse, y comenzó à usar de la fuerça: Pero el justo cielo, que pocas ò ningunas vezes dexa de mirar y favorecer à las justas intenciones, favoreciò las mias de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco trabajo di con èl por un derrumbadero, donde le dexè, ni sè si muerto, ò si vivo:

D 2

Y



Y luego con mas ligereza que mi sobrefalto y Cansancio pedian, me entrè por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro designio, que escondèrme en ellas, y huÿr de mi padre, y de aquellos que de su parte me andavan buscando. Con este desèo, ha no sè quantos meses que entrè en ellas, donde hallè un ganadero que me llevò por su criado à un lugar que està en las entrañas desta tierra, al qual hè servido de çagal todo este tiempo, procurando estàr siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que aora, tan sin pensarlo, me han descubierto; Pero toda mi industria, y toda mi sollicitud fuè, y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en èl el mismo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos dà los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco de donde despeñar y despenar al amo, como le hallè para el criado: Y assi tuve por menor inconveniente dexalle, y escondèrme de nuevo entre estas aspereças, que provar con èl mis fuerças, ò mis disculpas. Digo, pues, que me tornè à emboscàr, y à buscàr donde sin impedimento alguno pudièssè con suspiros y lagrimas rogar al cielo, se duela de mi desventura, y me dè industria, y favor para salir della, ò para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa fuya avrà dado materia para que della se hable, y murmure en la fuya, y en las agènas tierras.

